

Capítulo 9. La embestida del carnero

1

El inspector Ramírez y la subinspectora Pitabea llegaron al Hotel Sants veintidós minutos después de haberse subido al coche. El hotel quedaba justamente encima de la estación de tren. Aparcaron directamente en la zona de taxis. Cuando llegaron a las dependencias del hotel ya se había montado un dispositivo de seguridad. La proximidad de la comisaría, situada justo en la estación ferroviaria, hizo que los efectivos policiales acudieran de inmediato a la llamada de los responsables del hotel. En cuanto llegaron se identificaron. Subieron inmediatamente a la habitación donde se encontraba el cadáver. El juez había llegado antes que ellos y estaba redactando el acta para proceder al levantamiento del cadáver. Ramírez no se podía creer lo que estaba viendo. Era como si una terrible pesadilla lo tuviera aprisionado sin dejarlo despertar. En ese momento se acordó de Eduardo Martí Bosch. Lo primero que pensó es que los hechos estaban confirmando la hipótesis que había elaborado esa misma mañana a partir de los datos que le había proporcionado la Dra. Colina. La escena parecía una réplica de la del Hotel Calderón. El hombre estaba sentado en la silla. Completamente desnudo. Sus piernas estaban atadas a las patas delanteras. Le habían golpeado con un objeto contundente y cortante en la nuca. Le habían provocado la sección de la médula entre la quinta y la sexta vértebra. Luego le habían cortado las manos de la misma manera que al cadáver del primer asesinato. El detalle más importante: encima de la cómoda, y mirando hacia el cadáver habían dejado otra muñeca de porcelana. Esta era distinta de la anterior. Puede que fuera incluso más bonita. La escena llevaba a pensar que se trataba de la misma persona. Lo primero que pensó Ramírez es que esta vez sí habían dado con el objetivo. Ahora sólo hacía falta confirmar la identidad del hombre con algún antecedente por tráfico de estupefacientes. Ver con qué clan estaba relacionado, y a partir de ahí seguir investigando. Este tipo de ajuste de cuentas entre bandas rivales estaba empezando a ser frecuente en España. Normalmente, el saldo de cuentas pendientes tenía otro “*modus operandi*”. Generalmente un tiroteo en la calle era suficiente para liquidar deudas. Esta puesta en escena tan elaborada hacía, sin embargo, ser cauteloso al inspector. Pitabea se quedó estupefacta ante la escena. El olor a sangre era tan intenso que le provocó una arcada. Pudo controlarla. El inspector Ramírez pensó que quizá llevaban a la víctima a una habitación de un hotel con la intención de interrogarla. Pero no había indicios de tortura, como mínimo aparentemente. Para Ramírez, que le hubieran cortado las manos, era un claro indicador de que lo estaban castigando por hurto. Era habitual que

algunos traficantes de menor rango, se quedaran con parte de la mercancía a espaldas de sus capos. Si eran descubiertos la organización se encargaba de darles su merecido.

– ¿Sabemos de quién se trata? –preguntó el inspector al oficial.

–Inocencio Muñoz Cáceres. Natural de Guadalajara. Hijo de...

–No quiero que me lea el carné de identidad, oficial –le interrumpió el inspector–. ¿Han comprobado que tenga antecedentes?

–Está limpio inspector. Hemos enviado una patrulla a la dirección que viene en el carné. Es correcta. Han avisado a la mujer y a los hijos. Un hombre sencillo, inspector. No parece que haya nada raro.

–Está bien oficial –terminó Ramírez.

–Ramírez, iré abajo a hablar con recepción, iré tomando datos del registro de entrada – aprovechó Pitabea para salir de la habitación. El olor a sangre la estaba mareando.

El inspector Ramírez se echó la mano derecha a la nuca. Sentía la presión en el cuello. Si lo que le estaba contando el oficial se confirmaba, toda su teoría se vendría abajo. Dejó que el juez y el oficial del juzgado hicieran su trabajo, y pidió que recogieran exhaustivamente cualquier elemento o indicio relacionado con el caso. Las dos escenas eran un calco una encima de la otra. Salió de la habitación para ver qué había averiguado Pitabea. El hombre se había registrado en la habitación en compañía de una señorita, supuestamente una prostituta. La descripción no coincidía con la realizada por el recepcionista del Hotel Calderón. Era posible que se tratase de la misma mujer, pero que hubiese cambiado su aspecto intencionadamente. Una mujer joven, alta, con un pañuelo en la cabeza y unas grandes gafas de sol. Al recepcionista no le pareció extraño. Era normal, hasta cierto punto, que la vestimenta fuera un tanto estrafalaria. El Sr. Muñoz se había registrado en el hotel a las siete y veintitrés minutos de la tarde anterior. Subió a la habitación con la supuesta prostituta. Nadie podía confirmar que ella hubiera salido esa misma tarde del hotel, o incluso esa misma mañana. El servicio de limpieza se encontró con el cadáver a las once cuarenta y cinco minutos. El hotel estaba fuertemente concurrido, y más en la época estival. No era frecuente el uso de las habitaciones por parte de prostitutas para prestar servicios, aunque sí algunos clientes las citaban por teléfono en las habitaciones. El hotel estaba generalmente ocupado por hombres de negocios que pasaban una o dos noches en la ciudad. Este tipo de servicios estaban a la orden del día. Inocencio Muñoz Cáceres había pagado la habitación en efectivo. Tampoco había solicitado factura.

La cabeza del inspector Ramírez era un hervidero de ideas. Sabía que no debía dejarse llevar por la primera impresión. Aún así no tenía duda de que era la misma persona la que había perpetrado las

dos muertes. Si fuera así, las huellas dactilares encontradas en ambos crímenes deberían coincidir. Debería esperar las pruebas de dactilografía, y el análisis químico de la muñeca. Esperaba que dentro de la misma encontrasen restos de cocaína como en la primera. ¿Cómo podía explicar las muertes de aquellos dos hombres, aparentemente con una vida normal? Inocencio Muñoz vivía también en el barrio de Sants. Podía ser una simple coincidencia, pero Ramírez sabía que las coincidencias no existen en el mundo del crimen. Los dos hombres habían muerto en extrañas y similares circunstancias. Tenían una vida absolutamente normal. Esa misma tarde pudieron interrogar a su viuda. Había trabajado durante casi treinta años como fresador para una fábrica de automóviles. Tenía tres hijos, los tres residentes en Barcelona. Uno de ellos, el menor, vivía todavía con el matrimonio. Las dos mayores estaban casadas. La mayor trabajaba como dependienta en El Corte Inglés de Diagonal. La otra era puericultora y trabajaba en una guardería infantil en el barrio de Gracia. El menor estaba estudiando el último curso de química en la Facultad. Inocencio Muñoz tenía setenta y dos años el día que murió. Llevaba siete años jubilado. Llevaba una vida tranquila según su mujer. Nunca había notado nada extraño en su comportamiento. Le extrañó que se hubiese ido con una prostituta a un hotel. Nunca había tenido la más mínima sospecha de ello. Dijo que su matrimonio no era ejemplar. Hacía más de quince años que no dormían juntos. “Ya sabe usted, al final todo se acaba, hasta el amor. La vida se va haciendo aburrida... pero están los hijos de por medio. Además, qué íbamos a hacer ya con nuestra edad. Mala vida nunca me dio, no se vaya usted a creer. Él traía su sobre a casa y no se ocupaba de nada más. El bar, el fútbol, su puro después de comer, y ahora que no trabajaba su siesta. Como a las cinco o las seis de la tarde salía a caminar. También por la mañana. Se lo había mandado el médico. Por la circulación, tenía un poco de colesterol. Las mujeres sí que le gustaban, como a todos. Nuestros problemas empezaron hace treinta y dos años. Yo ya tenía las dos nenas criadas. Se enrolló con una dependienta de la carnicería. Aquello me hizo mucho daño. Pero le perdoné. Luego tuvimos una época buena y llegó Raúl, mi pequeño. Después volvimos a distanciarnos. Nunca más me preocupé por lo que hacía o dejaba de hacer. Aunque no pensé nunca que fuese a acabar así. Lo siento por mis hijos. Ellos querían mucho a su padre. No era malo. Un poco despreocupado para la casa, pero malo no era” —decía entre llanto la viuda de Inocencio Muñoz.

2

El inspector Ramírez empezaba a sentir que nada de lo que estaba viviendo tenía sentido. En más de una ocasión se había despertado por la mañana pidiendo que no fuera más que una pesadilla. Un terrible sueño. Pero la realidad era abrumadora. Ahora, además, tenía una muerte nueva que no añadía ninguna pista para poder resolver el caso. Pensaba que tenía suerte de que Pitabea estuviera con él. Había quedado en recogerla en la pensión en la que la habían hospedado. Él le ofreció una

habitación en su casa pero Pitabea la rechazó educadamente. Él también creía que era mejor así. A la mañana siguiente, el día amaneció esplendoroso en la ciudad catalana. Abrió la ventana y un intenso olor a mar le refrescó las ideas. No debía ofuscarse en confirmar su propia teoría al respecto. Lo que estaba claro era que quien estaba haciendo eso tenía un motivo. Aunque sólo fuera el de divertirse. “Hay gente muy rarita en el mundo” –pensó esbozando una sonrisa. No era habitual que Ramírez se despertara de buen humor. Quizá la responsable era la subinspectora Pitabea. El inconsciente tiene sus propias leyes para determinar el estado de ánimo. Después de tomarse su primer café y su riguroso cigarro se dio una ducha. Sintió el agua renovarle. Había descansado bien. Hoy sería un día de puro trámite. Debían esperar a que los del laboratorio empezasen a tener datos sobre las pruebas recogidas en la escena del crimen. Esperaba confirmar la coincidencia de las huellas halladas, y los restos de cocaína como en el primer caso. Mientras tanto habían decidido seguir trabajando en el caso de Elena Sandoval Salinas. Pitabea le había sugerido ir a ver a Belinda Tort, la responsable del grupo de azafatas en el que estaba trabajando Elena. Pitabea había tenido la sensación de que el Sr. Coleman había sido muy correcto en la visita pero sólo les había dado información genérica y oficial. Al fin y al cabo, no parecía que tuviese una relación directa con las azafatas. Seguro que Belinda Tort podía ofrecerles mayor información. Ramírez sólo tuvo que esperar unos minutos hasta que bajó Pitabea. La observó mientras se acercaba. A Ramírez le encantaba ver el contoneo con el que caminaba Mónica. La miró acercarse hasta el coche. El pantalón ceñido en la cintura subrayaba el encanto. Mónica pidió perdón por el retraso. Ramírez se sorprendió. Tan sólo eran unos minutos. Pero así era la subinspectora para el trabajo, rigurosa sobremanera.

– Ayer no fue un día fácil –Ramírez intentaba iniciar la conversación.

– ¿Cómo has dormido? –le preguntó Pitabea.

– Mejor que en noches anteriores. Por suerte. Pensaba que no iba a pegar ojo en toda la noche.

¿Y tú?

– No muy bien –respondió Pitabea –. Tendré que acostumbrarme a esa cama, supongo. Por cierto, ¿has llamado a esa tal Belinda Tort? Prefiero no tener que estar esperando.

– Sí, la he llamado antes de salir de casa. Me ha dicho que no hay ningún problema, que podía recibarnos entre las diez y las doce –le confirmó Ramírez.

– Perfecto, espero que ella pueda aportarnos algún dato.

En menos de veinte minutos estaban aparcando en el mismo *parking* del día anterior. Mónica estaba cansada. No había dormido mucho la noche anterior, y no era por culpa de la cama. Se fue a dormir sin poder dejar de pensar en Julián. Después de siete años, todavía seguían vivos muchos recuerdos. Ella era todavía una niña, con Julián lo había aprendido prácticamente todo. Cuando lo vio

en la cafetería sintió que se le aceleraba el corazón. Lo reconoció por detrás, sin verle la cara. Su cuerpo estaba diseñado de tal manera que el equilibrio de formas lo delataban sin esfuerzo. Tenía el pelo tan negro como entonces. La verdad es que no había envejecido en absoluto. Durante estos siete años no había habido un solo día que no se hubiese acordado de él. De sus manos, de sus labios, de su olor. Más de una noche había hecho estremecer su cuerpo a partir de su recuerdo. Luego el placer se mezclaba con el dolor por haberlo perdido. Evidentemente, no debía dejar nada de eso al descubierto. Durante esos siete años estuvo esperando una llamada. Una simple llamada. Pero ni eso. Las noches se le habían vuelto amargas, mientras esperaba al lado del teléfono que sonase el timbre. Cuando llegaba a casa escuchaba los mensajes del contestador, esperando oír la voz de Ramírez pronunciar su nombre. Pero nunca fue así. Los días pasaban en un cuentagotas de inagotable desespero. Al final, Mónica, se había resignado a no saber nada más de él. Pese al dolor, siempre agradeció enormemente todos los momentos que vivieron juntos.

La subinspectora Pitabea cerró la puerta antes de que el inspector Ramírez hubiera salido del coche. Parecía que estaba impaciente por entrevistarse con Belinda Tort. Esperó a Julián en la puerta de salida del *parking*. El encargado los reconoció de inmediato. Se subieron en el mismo ascensor que el día anterior. El ascensor se detuvo en la segunda planta. Tres chicas de muy buen ver entraron después de preguntar “¿suben?”. Pitabea tuvo que apretarse contra Julián inevitablemente para hacer sitio. Sintió el olor que desprendía invadirle su memoria. Sintió la espalda en su cara, grande, y la recordó musculosa y definida. Por un momento sintió un fuerte deseo de abrazarlo y estrechar su cara contra la fortaleza del que un día lo fuera todo para ella. Contuvo el arrebato. Ramírez ni siquiera se percató. Estaba demasiado pendiente de las tres azafatas que acababan de entrar en el ascensor. Por un momento pensó en Elena. La recordó en el Baja, y le resultó difícil imaginársela vestida de aquella manera. Se encontraron con la misma recepcionista. Una vez más, con una llamada que no superó los quince segundos, los hizo pasar directamente a una sala dónde les esperaba Belinda Tort. La chica vestía de calle, eso sí, con mucha clase. La subinspectora Pitabea tomó la iniciativa.

– Buenos días, ¿es usted Belinda Tort? Soy la subinspectora Pitabea –le dijo extendiéndole la mano –. Él es mi compañero, el inspector Ramírez. Creo que han hablado antes por teléfono.

– Es por lo de Elena ¿verdad? ¿La han encontrado? –preguntó la guapa azafata.

– Estamos trabajando en ello –le dijo el inspector Ramírez–. Mi compañera, la subinspectora es especialista en casos de desaparición.

– Ustedes dirán –se mostró colaboradora la Srta. Tort.

– Simplemente queremos que nos cuente cómo era su relación con Elena –prosiguió el inspector Ramírez.